



Nóesis. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades

ISSN: 0188-9834

noesis@uacj.mx

Instituto de Ciencias Sociales y Administración
México

Ortiz Quintana, Juan Hernán III
Triste desierto: un caso de antropología y educación popular
Nóesis. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades, vol. 18, núm. 35, enero-junio, 2009, pp. 105-123
Instituto de Ciencias Sociales y Administración
Ciudad Juárez, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=85916757009>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Triste desierto: un caso de antropología y educación popular

Juan Hernán III Ortiz Quintana¹

Este artículo aporta elementos para reflexionar en dos temas entrelazados: hoy en día cómo se puede entender la antropología y qué hace un antropólogo. El caso de estudio es el propio, tal vez sea la falta de recursos para un trabajo de campo en lugares exóticos, o tal vez sea el exotismo de la frontera lo que me hace estar en un continuo trabajo de campo; lo cierto

es que parte del imaginario de la labor antropológica es el haber estado ahí, y sin duda yo estoy aquí (después explicaré dónde). Por otro lado, las crisis y peripecias aquí presentadas

pretenden ser material de discusión para abordar lo que casi no se dice cuando se piensa en el estado de las humanidades y ciencias sociales a nivel nacional.

Key Words: **Anthropology,
education, humanities**

¹ Maestro en Ciencias Sociales. Profesor de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez. Correo: jhiio@hotmail.com

Fecha de recepción: 4 de agosto de 2008
Fecha de aceptación: 21 de diciembre de 2008

Introducción

Este artículo aporta elementos para reflexionar en dos temas entrelazados: hoy en día cómo se puede entender la antropología y qué hace un antropólogo. El caso de estudio es el propio, tal vez sea la falta de recursos para un trabajo de campo en lugares exóticos, o tal vez sea el exotismo de la frontera lo que me hace estar en un continuo trabajo de campo; lo cierto es que parte del imaginario de la labor antropológica es el haber estado ahí, y sin duda yo estoy aquí (después explicaré dónde). Por otro lado, las crisis y peripecias aquí presentadas pretenden ser material de discusión para abordar lo que casi no se dice cuando se piensa en el estado de las humanidades y ciencias sociales a nivel nacional.

En 1996, para terminar la carrera de Antropología, escribí una de mis primeras ponencias donde cuestionaba el papel del antropólogo en nuestra sociedad. A punto de salir a un mercado laboral, no me quedaba claro qué debía hacer. Aprendí mucho en mi época de estudiante, pero ¿cómo me serviría en mi vida profesional? Es más, como ni siquiera tenía un trabajo esperándome dudaba de que mi vida profesional tuviera algo que ver con la antropología.

A 12 años de ese entonces, han cambiado muchas cosas que van desde el contexto global hasta la práctica académica de la antropología y el desarrollo de las ciencias en general.

Actualmente me presento como un antropólogo, tal vez aprovechando la ambigüedad del término y en este artículo comparto mi experiencia en el ámbito de las ciencias sociales. Tal vez he pasado del placer voyeurista muy característico de los etnógrafos a una posición exhibicionista, pero existe una razón para ello. Compartir esta reflexión se ha visto motivada por los profesionistas recién egresados de las universidades que batallan para encontrar una fuente de empleo acorde a su formación. Al menos, en lo referente a Ciudad Juárez, hay varios elementos que hacen evidente que el mercado laboral se está viendo seriamente afectado en cuanto a generación de empleos. Prueba de ello es la disminución de empleos en la maquiladora y el incremento del comercio informal. Ciudad Juárez ha dependido históricamente de la industria maquiladora (ya por 40 años), y cuando

este sector de la economía se ve afectado, repercute en toda dinámica de la ciudad; esto incluye también los empleos referentes a los servicios que prestan los profesionistas.

No obstante, la matrícula de estudiantes que ingresan a centros de educación superior va en aumento; incluso se han generado distintas dinámicas y políticas dentro de las universidades que pretenden incrementar la eficiencia terminal, es decir, que haya más egresados titulados en toda forma.

La pregunta es: si el mercado laboral se está viendo afectado, ¿qué harán los nuevos profesionistas? Además, deben acumular experiencia y como son pocas las plazas, según la ley de la oferta y la demanda terminarán por aceptar un pago menor que el merecido. Ante esta situación pareciera que la idea de estudiar una carrera profesional no garantiza un puesto para ganar mejor salario. Entonces, ¿para qué sirve la educación superior?

Éste no es un problema nuevo. Como he mencionado, lo viví desde que yo era estudiante de Antropología en la Universidad Veracruzana. El imaginario del antropólogo que anda en lugares exóticos en trabajo de campo y llevaba sus hallazgos al mundo occidental para conocer mejor a la especie humana, no resultaba muy viable a mediados de los noventa. Para empezar, salíamos del cobijo de la universidad y nos enfrentábamos a un mundo donde el anuncio clasificado de los diarios no muestra oportunidades para antropólogos, es de considerar también que en nuestra formación no contamos con alguna materia que nos iniciara en la búsqueda de recursos para proyectos académicos o de investigación, y por si fuera poco, como llegué a sugerir en esa ponencia del 96, parecía que el dar a conocer lugares exóticos se había vuelto una labor de Raúl Velasco en su programa *Siempre en domingo*, y debo decir que probablemente con mayor éxito que los antropólogos.

He visto cómo grandes antropólogos han compartido la experiencia de su trayectoria profesional como testimonio, difusión o para efectos didácticos. Así están los *Tristes trópicos*, de Lévi-Strauss; *Tras los hechos*, de Clifford Geertz; las *Experiencias personales*, de Margaret Mead; no olvidar el *Antropólogo inocente*, de Nigel Barley; y, claro está, el siempre polémico y desmitificante *Diario en el sentido estricto del término*, de

Bronislaw Malinowski. Claro que mi intención tiene aspiraciones más limitadas y sólo busco escribir un artículo que dé cuenta de la antropología como herramienta para la vida, incluida la profesional.

¿Qué hace la antropología?

Según la escuela americana de Boas, la antropología se divide principalmente en cuatro campos: la antropología social, la arqueología, la antropología física y la lingüística. Todas las ramas coinciden en su objeto de estudio que son las personas de manera integral,² pero difieren en sus métodos y fuentes de información. Philip Bock en *Introducción a la moderna antropología cultural*, que para mi gusto es uno de los libros de texto obligado para los antropólogos, define la antropología de la siguiente manera:

Se podría contrastar la antropología con otras ciencias en cuanto se ocupa exclusiva y exhaustivamente del hombre y de sus obras. Para el biólogo en general, el hombre es uno entre muchos organismos interesantes, en tanto que los biólogos que se dedican a estudiar al hombre y el personal médico que concentra su interés en el cuerpo humano suelen dejar de lado su cultura. Las ciencias sociales, como la economía y la ciencia política, seleccionan generalmente un aspecto amplio del comportamiento del hombre y limitan a él su estudio. Es probable que la sociología sea la más próxima a la antropología por la gama de sus intereses

² Etimológicamente hablando la antropología es el “estudio del hombre”, pero los estudios feministas han hecho grandes aportes para distinguir las particularidades de los géneros y han abierto las puertas para identificar otras particularidades como las de los jóvenes, infantes y adultos y adultas mayores. Por esta razón, he preferido hablar de las personas en lugar del hombre. Cabe hacer la aclaración que no se debe confundir con la personalidad caracterizada de manera individual. Cuando menciono a las personas de manera integral, me refiero a los elementos que conforman la totalidad de su vida y esto incluye una vida en comunidad con historias personales y comunes, su relación con el ambiente, sus prácticas políticas y demás. Es obvio que ningún estudio ha podido presentar a las personas en su totalidad: el intento más arriesgado que conozco es el libro de Marvin Harris, *Nuestra especie*, pero su intento es tan amplio que en ocasiones concluye sus capítulos de manera forzada y sin argumentos con un sustento científico.

relativos al hombre y sus obras, pero la sociología no tiene una base biológica, y los sociólogos suelen limitarse al estudio de pueblos occidentales o, por lo menos, a los muy “civilizados”.

La antropología, entonces, se caracteriza por la amplitud de sus intereses. En un plano ideal, el antropólogo está preparado para estudiar al hombre en todos sus aspectos y en todas las épocas y lugares. El estereotipo del antropólogo que cava a la sombra de las pirámides o incursiona en los desiertos o cruza las selvas para medir cráneos y hacer preguntas, sólo para acabar sus días en el caldero de un caníbal, no deja de tener validez. Los antropólogos, en mayor medida que otros hombres dedicados a las ciencias sociales, gustan de viajar a extraños lugares y trabajar directamente con pueblos exóticos; les agrada tener la experiencia de sus materiales en el sitio mismo y, al igual que los científicos que estudian la naturaleza, tienden a recolectar especímenes para estudiarlos y exhibirlos posteriormente. Clyde Kluckhohn decía que: “la diferencia más importante entre la antropología y la sociología es que los sociólogos no tienen museos” (Bock, 1977: 33-34).

Es la base natural que sugiere Bock la que ha llevado a los antropólogos a indagar sobre los pueblos primitivos, o llamémosle no occidentales. Apoyando tal vez la idea del buen salvaje que Rousseau refleja en su discurso del origen de la diferencia entre los hombres. Rousseau sugiere que si él pudiera decidir dónde nacer, elegiría sin duda una comunidad primitiva donde la democracia se da de forma natural y no la compleja Francia de su época, donde llegar a un acuerdo se convierte en algo realmente complicado. No olvidemos que en la época de la Revolución Francesa no sólo se peleaban puestos políticos, también había una lucha entre el paradigma religioso que sustentaba la presencia de la nobleza y el científico que consideraba en esencia a todas las personas (hombres, decía el discurso original) como iguales. La ciencia es una búsqueda por entender la naturaleza. Así, una vez que las democracias fueron una alternativa a las monarquías y la ciencia empezó a fortalecerse en el siglo XIX, los antropólogos empezaron a buscar lo natural en el ser humano y para encontrarlo se estudiaron los grupos primitivos, no civilizados, podría decirse, menos contaminados y más

puros. No hay que olvidar la influencia del paradigma evolucionista que recibió un fuerte impulso gracias a la obra de Darwin, *El origen de las especies*. Se pensaba entonces que la evolución natural dictaba que los grupos primitivos vieran en la civilización su futuro ineludible y las sociedades occidentales veían en los grupos primitivos algún pasado muy pero muy lejano.

Como todo en la vida, las cosas cambiaron y el paradigma evolucionista cayó en desuso en la ciencia, pero no necesariamente en las mentalidades no científicas. Si bien los antropólogos dejaron de pensar que los primitivos explicaban la naturaleza de la humanidad en su totalidad, no así muchos grupos occidentales que siguen pensando que su estilo de vida es el destino de la humanidad. Tal vez esta idea es la que ha motivado a poderosas naciones a salvar a las, según su perspectiva, menos favorecidas, llevándoles democracia, libertad y guerra.

Después de la Segunda Guerra Mundial, los nacidos a finales de la cuarta década del siglo XX fueron descubriendo un mundo que no era el que había formado a sus padres y madres. Los avances tecnológicos reconfiguraban y reconstruían la realidad. Cuando estos niños se convirtieron en jóvenes, empezaron a buscar nuevas identidades que los diferenciaban de los adultos. Así, desde los años cincuenta con sus rebeldes sin causa hasta los emos de hoy en día, la humanidad ha visto cómo sus posibilidades de ser se han diversificado infinitamente. No han dejado de existir los grupos primitivos, ni en todas las sociedades encontramos las mismas formas de ser, pero sin duda la gran diversidad de grupos que existen hoy en día, los innumerables paradigmas que interactúan unos con otros reformulando constantemente el mundo cotidiano, permiten que el antropólogo pueda encontrar en su propio nicho los lugares exóticos que buscaban sus antepasados en la Melanesia o África.

Actualmente, podemos decir que la ciencia ha cambiado el paradigma que tenía un fin predictivo por uno probabilístico. Es decir, si antes se pensaba que al suceder A y luego B, por lo tanto C, ahora se dice que si sucede A dependiendo de las condiciones para que le suceda B, es probable que C, porque también podría ser D o AB. Explicado de otra manera, en la Edad Media se pensaba que la realidad era la vo-

luntad de Dios, luego, en la Ilustración Dios pasó a un segundo plano dejando su lugar a la acción del hombre, quien ha resultado tan depredador, al grado de agotar recursos naturales y valorar más un avance tecnológico que un equilibrio con la naturaleza. Hoy en día, la ciencia puede ser más responsable y considerar a la humanidad como un elemento más de los tantos que conforman el universo como un sistema complejo. Así pareciera que la ciencia es más una reflexión zen que epistemológica, pero aún existe algo que la caracteriza: el método.

El método es un tercer elemento que se trenza junto con la teoría y las técnicas para escribir el discurso científico. De esta manera, la teoría nos da una explicación del mundo que debe sustentarse en datos obtenidos con distintas técnicas que van desde la observación hasta el análisis de documentos. El método es la manera en que se define cómo la teoría y la técnica se conjuntan; es la manera en que se construyen los observables y las categorías. No es cosa fácil cuando hablamos de cosas como la sexualidad, por ejemplo, donde se incluyen más elementos que el pene, la vagina y el coito.

El método en antropología es entonces la manera en que los antropólogos hacen ciencia, juntando su manera de recopilar información con la explicación que le dan a la misma.³

Como explicaba en un principio, este artículo da cuenta de mi experiencia como antropólogo y entre las distintas ramas yo fui entrenado en la antropología social. Es decir, un vaivén entre la etnografía y etnología, pero dejaré que el propio Lévi-Strauss defina estos términos.

³ Las técnicas van desde la observación participante hasta la entrevista a profundidad, pasando por las encuestas, la observación y el diario y trabajo de campo. Las teorías serían aquellas que se han etiquetado como evolucionismo, funcionalismo, estructuralismo, posmodernismo, marxismo, difusionismo, etcétera, que de alguna manera interpretan los datos que son recopilados con las técnicas. La función del método es responder a la pregunta: ¿qué técnicas se utilizan con qué teoría? Además, las técnicas no se usan de manera simple: hay que construir una encuesta o guión de entrevista de una manera especial para obtener la información esperada; de lo contrario, se corre el riesgo de obtener muchos datos inconexos que pueden confundir más que brindar una explicación clara de la realidad.

De una manera muy sumaria y provisional, pero que nos basta para el comienzo de nuestra búsqueda, las distinguiremos diciendo que la etnografía consiste en la observación y el análisis de grupos humanos considerados en su particularidad (grupos elegidos a menudo entre aquellos que más difieren del nuestro, por razones teóricas y prácticas que no derivan en modo alguno de la naturaleza de la investigación) y que busca restituir, con la mayor fidelidad posible, la vida de cada uno de ellos, mientras que la etnología utiliza de manera comparativa (y con fines que habría que determinar luego) los documentos presentados por el etnógrafo.

Es el método antropológico el que puede ser utilizado para comprender mejor a los diversos grupos que interactúan en el mundo de hoy. Mejor lo ha explicado Marc Augé en su libro *Los no lugares*:

Es por lo tanto esencial no confundir la cuestión del método con la del objeto. Se ha dicho a menudo (el mismo Lévi-Strauss en varias oportunidades) que el mundo moderno se presta a la observación etnológica, con la sola condición de poder asilar en él unidades de observación que nuestros métodos de investigación sean capaces de manejar.

No es la antropología la que cansada de terrenos exóticos, se vuelve hacia horizontes más familiares, a riesgo de perder allí su continuidad, como teme Louis Dumont, sino el mundo contemporáneo mismo el que, por el hecho de sus transformaciones aceleradas, atrae la mirada antropológica, es decir, una reflexión renovada y metódica sobre la categoría de la alteridad.

El etnógrafo y el etnólogo utilizan métodos que pueden aplicarse a las sociedades occidentales contemporáneas. Sólo falta definir cuál es el objeto de estudio para lo cual cito a Geertz, que define cultura de la siguiente manera:

En todo caso el concepto de cultura que yo sostengo no tiene múltiples acepciones ni, por lo que se me alcanza, ninguna ambigüedad especial: la cultura denota un esquema históricamente transmitido de significaciones representadas en símbolos, un sistema de concepciones heredadas y expresadas en formas simbólicas por medios con los cuales los hombres comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento y sus actitudes frente a la vida.

Las concepciones heredadas para significar los símbolos de la cultura, tiene hoy en día fuentes que van desde la tradición oral hasta la red 3G donde en un aparato más pequeño que una libreta se tiene televisión, internet y teléfono; es en este panorama donde surge la pregunta ¿para qué puede servir un antropólogo hoy en día? Cosa que ya me preguntaba hace 12 años.

El maestro René Cabrera Palomec, hoy decano de la Universidad Veracruzana, comentaba en una de sus clases que la diferencia en disciplinas como la psicología, la sociología, la historia y la antropología, era una cuestión gremial. Es decir que los antropólogos leen y escriben para antropólogos. Igual hacen los académicos de las demás ciencias. Pero la tendencia mundial ha permeado esta práctica y los productos han saturado el mercado, o sea, que las universidades producen más antropólogos de los que puede absorber el gremio. Pensemos ¿cuántas plazas para investigadores en ciencias sociales se abren al año en México y cuántos egresados de estas disciplinas se gradúan en las universidades? Y como la oferta de espacios es limitada, obviamente los requerimientos se incrementan haciendo casi inaccesible un trabajo de investigador para un recién egresado que apenas cuente con la licenciatura. Siempre queda la alternativa de la docencia en los niveles medios y básicos. Pero no hay que olvidar que aquí la oferta de profesionistas se incrementa con los egresados de las Normales y licenciaturas en pedagogía y educación.

Recordando de nuevo a René Cabrera, también rescato de él aquella vez que sugería que la antropología es el chisme en calidad de ciencia. ¿Chisme? Al pensar en esto, me imagino una realidad que va de boca en boca, a la cual se le van eliminando o sumando elementos, según

quien escuche o exprese el mensaje. Como todos saben, los chismes pasan tanto de boca en boca que el resultado es el mismo que el juego del teléfono descompuesto, donde los participantes se ponen en línea y el primero le cuenta una historia en secreto al segundo y éste le cuenta la misma historia al tercero y así sucesivamente; el último participante dice su versión de la historia en voz alta y las risas estallan cuando se hace evidente que no se cuenta la versión que cada uno recuerda, y la sorpresa se impone cuando el primer participante dice la versión original. Este juego lo he utilizado en infinidad de clases para reflexionar sobre las distorsiones que un investigador puede tener sobre la realidad, y siempre ha sido una herramienta didáctica muy efectiva. La calidad de ciencia de la que habla Cabrera está en contar la realidad del “otr@” manejando las distorsiones y lograr así, cómo decía Lévi-Strauss, “la mayor fidelidad posible”.

Es el entrenamiento para comprender y comunicar con las distintas formas culturales, la herramienta que cualquier antropólogo puede utilizar para ejercer un trabajo profesional, que ya no estará delimitado por las tradiciones de los colegas, sino por las inquietudes y la ética del profesionista.

De esta manera, un antropólogo puede trabajar en áreas como la mercadotecnia, la política, la educación, el comercio, la administración de recursos humanos, el diseño y cualquier otra rama laboral donde grupos de distintas visiones del mundo entren en contacto, que en este mundo globalizado y globalizante puede ser casi en cualquier parte. Es verdad que los posibles empleadores (no todos) ignoran lo enriquecedor que puede ser el aporte de un antropólogo, pero ésa es una de las otredades a las que el antropólogo les tiene que explicar una realidad, en este caso, la propia.

De estudiante a antropólogo desempleado en la frontera

Cuando era estudiante de antropología en la Universidad Veracruzana (1992-1996), como muchos otros tuve que buscar un empleo que me permitiera cubrir los gastos de mi carrera. Vivía en una casa donde una familia me hospedaba y alimentaba a cambio de una módica suma. El padre de la familia es el doctor Pablo Alba, que en aquel tiempo

se convirtió en el coordinador del área de Epidemiología de la Subdelegación Médica del ISSSTE; tuve la suerte de que me invitara a trabajar con él. Primero fui activista de salud. Mi trabajo era ir de casa en casa informando sobre la prevención de enfermedades diarreicas y repartiendo sobres con polvo para preparar suero oral. Donde hacía esta labor era en un sector de la ciudad de Xalapa, conocido como La Luz del Barrio. Ahí me enfrenté a una realidad que desconocía totalmente: la pobreza urbana.

Todavía no puedo explicar cuáles fueron las causas que me llevaron a estudiar a la ciudad de Xalapa cuando yo vivía en Ciudad Juárez; de hecho, la carrera de Antropología existe en la ciudad de Chihuahua, a sólo cuatro horas de la frontera. Pero el caso es que las inquietudes de joven me empujaron a viajar y decidí irme hasta el estado de Veracruz, donde conocí la pobreza. ¿Por qué no la conocía? Mis padres siempre han trabajado, y a pesar de haber pasado muy duros momentos económicos, nunca permitieron que viviéramos fuera de una católica clase media. El universo de Juárez que conocía en ese entonces era, al oriente, el que bordeaba por el río Bravo hasta desviarse a San Lorenzo y juntarse en la Carretera Panamericana hasta Pradera Dorada, que por considerarlo lejano llamábamos Pradera Olvidada, nombre que puede resignificarse cuando por falta de obras para el manejo de aguas pluviales es un sector que se inunda año con año. Al poniente, el borde lo ubicaba en la Avenida Juárez y se iba demarcando por el Eje vial Juan Gabriel. Ése era mi pequeño mundo, y por lo tanto, al igual que muchas otras personas, había una gran parte de la ciudad que simplemente no sabía que existía. La zona cuya existencia ignoraba era el poniente de la ciudad; ahí hasta la fecha se encuentra la población que vive en condiciones de pobreza. Pero para mí, que no tenía la capacidad de ver más allá, la pobreza fue una realidad que conocí hasta la Luz del Barrio en Xalapa.

La Luz del Barrio fue un lugar que rompió mis paradigmas. Vi y conocí cosas que no creía posibles. Me di cuenta de que había crecido en una esfera que me protegía de otros mundos que no pueden ser agradables. Mientras yo lamentaba no conseguir el dinero para ir a un concierto, veía que había gente que lamentaba no haber obtenido lo

suficiente para comer. Veía viviendas construidas con desechos, unidades familiares a cargo de niñas de 9 años que cuidaban a sus hermanos menores, un *microcluster* que vivía en un tipo de privada donde alguna gente se dedicaba a hacer tortillas para los vecinos que a su vez se dedicaban a vender tacos. Veía a familias que a falta de muebles escarbaban en la tierra para tener sillones y se procuraban paredes con sábanas viejas. Pude ver las casas de campo de gente que quería tener un lugar para descansar los fines de semana que se habían visto, de pronto, rodeadas por familias que vivían en la pauperidad. Las historias que conocí fueron también impactantes. Recuerdo al marmolero que, por su trabajo, se afectó las vías respiratorias y quedó sin posibilidad de trabajar y sin sustento. A la partera que se quedó con el bebé que no quiso una madre, recién nacido que después el esposo de la partera trató de violar, acción que los llevó a separarse. Recuerdo a la niña que vivía con una eterna diarrea, tan débil que le costaba mantenerse de pie y al anciano que postrado en su cama platicaba orgulloso que su hija era una persona exitosa por ser cajera en un supermercado. Lo que espero nunca olvidar es la cantidad de veces que llegué a casas donde la pobreza se podía oler, y que a pesar de ello, se me ofrecía un vaso de la escasa agua para beber o un taco de quelites, que era una hierba silvestre de la región.

Si en mi época de estudiante tenía que hacer trabajos sobre culturas exóticas, yo aprovechaba mi trato diario con la pobreza para hablar de cosas que no alcanzaba a entender.

Terminé de estudiar, regresé a la frontera y el 2 de enero de 1997 salí a dejar mi currículum a todas las escuelas que pudiera conocer. ¿Qué otra cosa podría hacer? Lo malo de ser joven y tonto es que uno no considera cosas tan simples como que en esa fecha las escuelas estaban cerradas por el periodo vacacional. La ventaja es que el tiempo cura la juventud.

Busqué en el anuncio clasificado y, aunque parezca mentira, encontré uno donde solicitaban un antropólogo. Era para un puesto de dirección en una dependencia municipal donde ya sabían quién sería la persona a contratar, pero habían puesto el anuncio solamente como

un formalismo, y de hecho me confesaron que el pedir un antropólogo había sido con el propósito de que nadie se presentara.

De pronto logré dos empleos: por un lado, una preparatoria privada necesitaba un maestro de inglés y yo necesitaba un trabajo, así que llegamos a un acuerdo que duró sólo un semestre. Por otro lado, la maestra Socorro Tabuenca me contrató como asistente de la dirección en El Colegio de la Frontera Norte. Al fin estaba donde quería, en un centro académico donde se generaba conocimiento. Pero en realidad ignoraba cuál sería mi aporte en las investigaciones que ahí se realizaban. Traté de tener iniciativa, pero me regañaron al sugerir que cada quien lavara su taza de café; logré grabar dos programas de radio de El Colegio de la Frontera y poner uno al aire. Me callaron de inmediato cuando en una reunión administrativa traté de comentar algo sobre los apocalípticos e integrados; y vieron con buenos ojos mi sugerencia de una complicada (e inaplicable) forma de llevar el control sobre los oficios generados en la institución. Había actividades que no eran muy gratas como el estar fiscalizando la asistencia de los investigadores o el atender visitas incómodas. Pero también conocí trabajos de investigación realizando encuestas, acomodando archivos y, gracias a la maestra Lourdes Nieblas, aprendiendo a utilizar programas de georreferencia.

Pero todo llegó a su fin el día que mi jefa me pidió que localizara a alguna gente por teléfono y se la fuera comunicando; seguramente era una labor que había realizado antes, pero un día en particular descubrí que no era lo que quería hacer. También surgió la oportunidad de estudiar la Maestría en Ciencias Sociales para el Diseño de Políticas Públicas que se abrió en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, que estaría financiada por el Conacyt y, por lo tanto, exigía una permanencia en el programa de tiempo completo. Dejé El Colegio de la Frontera y me dediqué a ser estudiante, que algo de eso había aprendido durante mi licenciatura. Por los siguientes dos años no sería más un antropólogo desempleado en la frontera.

Encontrando el qué hacer de un antropólogo

Cuando entré a estudiar la maestría tuve la suerte de ser invitado por el entonces maestro Manuel Arroyo a trabajar en un proyecto de salud

y medio ambiente en vinculación con la Universidad de Texas en El Paso y la Organización Popular Independiente. De esta labor resultó mi trabajo de tesis.

Mientras avanzaba en la maestría conocí lo que hasta entonces me era desconocido: el Poniente de Ciudad Juárez y de nueva cuenta me encontré con la pobreza urbana, pero a diferencia de lo que había conocido en Xalapa, en esta ocasión me encontré con grupos organizados que eran parte de una asociación civil. Así, me fui acercando a lo que identificaba como organizaciones no gubernamentales y a su lucha por lograr una vida digna.

Durante mi trabajo de tesis, que versaba sobre las percepciones del riesgo ambiental, una de las preguntas que hacía en las entrevistas y grupos focales era ¿qué se debe hacer para mejorar la calidad del ambiente? Las respuestas obtenidas por parte de los dirigentes de asociaciones civiles siempre hablaban de la concientización y la educación ambiental, y cuando la misma pregunta la hacía a funcionarios públicos su respuesta era que se deberían aplicar multas y sanciones a quienes contaminaran. Lo que me sorprendía era la respuesta de la gente de las colonias que en su mayoría coincidía con la de los funcionarios, es decir, sugerían multas y sanciones.

Se notaba una clara incongruencia cuando los miembros de una organización civil decían representar a una población, pero no coincidían en su forma de ver la solución a un problema; otra incongruencia es que los funcionarios y la población parecían, y repito, parecían, tener un punto de acuerdo y no lograban elaborar una acción conjunta.

Para mi gusto son formas diferentes de entender la realidad, distintas culturas, pues. Y si distintas culturas están convergiendo en espacios comunes, ¿no hay un gran campo de acción donde un antropólogo pudiera ofrecer sus servicios?

Pero todavía quedaba un asunto por resolver ¿cuál sería el marco de discusión donde las partes involucradas pudieran construir propuestas conjuntas? La respuesta está en los derechos humanos, ya que no sólo son una concepción del valor que tienen las personas, también incluyen un instrumento legal que hasta la fecha ha sido poco explotado para lograr una sociedad justa.

En el año 2000 se celebró en Ciudad Juárez la Cumbre Fronteriza por el Desarrollo Social; a raíz de ella se conformó un Consejo Ciudadano donde se aglutinaban distintas asociaciones civiles, del cual fungí como secretario técnico (aún sigo sin tener la certeza de lo que eso significa) por un año. Esto me llevó a relacionarme con más organizaciones civiles y procuré formar una red de comunicación que mantengo hasta la fecha; al parecer me empecé a dedicar al chisme, sólo que con la intención de darle fidelidad a los hechos y hoy en día con una propuesta política de promover los Derechos Humanos.

A lo largo de estos años he conocido muchos tipos de organizaciones civiles, de políticos y ciudadanos, desde aquellos con visiones asistencialistas hasta los revolucionarios y de nuevo demasiadas culturas en un mismo espacio.

La pérdida de la inocencia, la identidad y la educación popular

Estoy por llegar al final de esta historia y me gustaría poder decir que tengo muchos éxitos que compartir, pero adelantando la conclusión sólo puedo asegurar que he encontrado el lugar donde un antropólogo puede trabajar y las herramientas que se pueden utilizar; el resto es parte de un proceso que todavía está en el cocedor.

La inocencia la perdí cuando dejé de considerar la labor antropológica como si estuviera en el siglo XIX y me vi trabajando para transformar la cultura y no sólo estudiándola de manera contemplativa. Considero que los científicos del siglo XXI deben ser responsables del conocimiento que se genera y de los impactos de sus trabajos. Esta responsabilidad debe también estar dotada de una ética profesional que en mi caso está enmarcada en los derechos humanos.

Así, ya tenía una clara idea de hacia dónde tenía que aplicar mi labor, pero todavía me faltaba saber dos cosas: cómo hacerle y dónde estaba parado.

En el año 2002 me sumé a un proceso denominado Escuela de Desarrollo Integral, impulsado por el Centro de Estudios Ecuménicos e impulsado por dos organizaciones de Coahuila: PROCADES y CEP-Parras. El trabajo en esa escuela me dejó dos lecciones muy especiales: el conocer más sobre la región noreste de México y la ne-

cesidad de desarrollar estrategias de políticas públicas desde esta muy particular región.

Ahí conocí también, como parte del CEP-Parras, un movimiento cultural, *Espina y Jugo*, un grupo que por medio de la música rescata la experiencia de comunidades que han buscado un cambio en su región y la van compartiendo de plaza en plaza, cuentan las historias a la usanza de los corridos o juglares, pero con ritmos que van desde el ranchero hasta el *blues*. Este movimiento cultural rescata la cultura (no sólo el folclor) del desierto de Chihuahua y en su camino llevan el mensaje de que la gente del desierto se parece a las plantas de la región; espinosas por fuera y jugosas por dentro.

Con esto ya tenía una visión más clara de la cultura que tenía que transformarse, y también de hacia dónde tenía que dirigirse, sin poner en riesgo la identidad ni excluyendo las voces locales. De manera simple, puedo decir que ahora me identifico como gente del desierto que promueve los derechos humanos.

Además del movimiento *Espina y Jugo*, conocí también a la Red Norte de Educación Popular y al Consejo de Educación para Adultos de América Latina. Ambos promueven procesos inspirados en los trabajos de gente como Paulo Freire y Carlos Núñez, reconocidos educadores populares.

La educación popular no es una transmisión de conocimientos definidos, sino que puede entenderse mejor como un proceso de aprendizaje que permite transformar la realidad desde una perspectiva política, entendiendo por política la atención de las cuestiones públicas.

Pero el que la antropología se inmiscuya en procesos educativos no es cosa nueva. Ya desde mediados del siglo XX lo sugería Clyde Kluckhohn en su “Espejo del hombre”:

Esto significa, en educación, por ejemplo, que si se está estudiando algún nuevo sistema, sería muy útil analizar todos los grupos humanos diferentes en los cuales se ha educado a los niños empleando, poco más o menos, procedimientos análogos. Averiguando qué resultados dieron en otras sociedades, podemos formarnos una idea de si será o no conveniente la introducción de este tipo

de procedimientos. Concentrando la atención sobre las diferencias conspicuas entre nuestras prácticas educativas y las de otros pueblos, comprendemos mejor nuestro propio concepto de la educación. Podríamos ver, por ejemplo, que los primitivos hacen resaltar lo estable y lo sagrado, en tanto nuestras ideas han sido conformadas por el deseo de asimilarnos a los inmigrantes, de mejorar, de estar “al día”. Así hemos llegado a pensar en la educación como un instrumento para crear algo nuevo, y no simplemente para perpetuar lo tradicional. El estudio de los sistemas educativos opuestos podría, de la misma manera, hacer que fueran más eficaces los esfuerzos del gobierno y de los maestros misioneros entre los pueblos coloniales y dependientes. Sin esta perspectiva esos maestros es muy probable que supongan que los incentivos que resultan más eficaces con los niños de su propio grupo darán igual resultado con los jovencitos de otra tradición. En realidad, esos incentivos pueden no sólo fracasar con los niños de otras culturas, sino que pueden tener el efecto opuesto. La antropología es también importante en la educación universitaria actual, debido al papel que desempeña en la organización y la enseñanza de programas completos en diversas regiones importantes del mundo.

En mi caso sólo expongo cómo es que llegué hasta ahí. Toda esta trayectoria puede resumirse así:

- Objeto de estudio: la cultura política (entendida como aquella que atiende los asuntos públicos).
- Grupos de estudio: comunidades, agrupaciones civiles y grupos políticos del desierto de Chihuahua.
- Marco de referencia: Los contextos locales y los derechos humanos.
- Objetivo: que los grupos de estudio desarrollen habilidades y capacidades para reconocer su entorno y entablar diálogos con distintos actores para diseñar e implementar propuestas que les permitan mejorar su calidad de vida.
- Metodologías: las propias de la antropología y la educación popular.

A esto me dedico, soy antropólogo sin la necesidad de viajar a lugares exóticos, pues para eso nuestra región se pinta sola.

El triste desierto

La antropología es una ciencia occidental, cuyo origen fue estudiar a los pueblos no occidentales. La ambigüedad yace en que México no es un país occidental: está occidentalizado y a medias. Es algo tan revuelto como un trabalenguas: el sujeto de estudio estudia cómo los estudiosos decidieron estudiarlo. No es de extrañar, entonces, que las crisis de identidad sean comunes en profesiones como la antropología.

Aun con todo esto, el antropólogo puede encontrar espacios donde poner en práctica el entrenamiento recibido. Es en el contexto actual donde la impunidad y la violencia hacen de las suyas y los medios de comunicación parecen conectar más a las culturas lejanas y distanciar a las personas de las propias, donde el antropólogo puede tener la ventaja de haber sido entrenado para comprender y comunicar la otredad.

Visto así, la antropología no sólo es una profesión: puede ser una útil herramienta para comprender un mundo que define a las personas, pero que también ofrece la oportunidad de interactuar con las distintas culturas de este mundo globalizado y, ¿por qué no?, ser parte de la transformación de este mundo. Visto así, más que una profesión, más que una ciencia, la antropología es una construcción de la libertad.

Bibliografía

- Augé, Marc. *Los no lugares, espacios del anonimato: una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona, Gedisa, 2005, p. 125.
- Bock, Philip K. *Introducción a la moderna antropología cultural*. México, FCE, 1977.
- Geertz, Clifford. *La interpretación de las culturas*. Barcelona, Gedisa, 2001.
- Kluckhohn, Clyde. *Antropología*. México, FCE, 1957, reimp. 1999.
- Lévi-Strauss, Claude. *Antropología estructural*. Barcelona, Paidós, 1987.